

Fiesta. La Presentación del Señor (2 de febrero) **Con permiso de dominicos.org**

"Mis ojos han visto a tu Salvador... luz para alumbrar a las naciones"

I. Contemplamos la Palabra

Lectura del libro de Malaquías 3,1-4:

Así dice el Señor: «Mirad, yo envío a mi mensajero, para que prepare el camino ante mí. De pronto entrará en el santuario el Señor a quien vosotros buscáis, el mensajero de la alianza que vosotros deseáis. Miradlo entrar –dice el Señor de los ejércitos–. ¿Quién podrá resistir el día de su venida?, ¿quién quedará en pie cuando aparezca? Será un fuego de fundidor, una lejía de lavadero: se sentará como un fundidor que refina la plata, como a plata y a oro refinará a los hijos de Leví, y presentarán al Señor la ofrenda como es debido. Entonces agradará al Señor la ofrenda de Judá y de Jerusalén, como en los días pasados, como en los años antiguos.»

Sal 23 R/. El Señor, Dios de los ejércitos, es el Rey de la gloria.

iPortones!, alzad los dinteles,
que se alcen las antiguas compuertas:
va a entrar el Rey de la gloria. R/.

¿Quién es ese Rey de la gloria?
El Señor, héroe valeroso;
el Señor, héroe de la guerra. R/.

iPortones!, alzad los dinteles,
que se alcen las antiguas compuertas:
va a entrar el Rey de la gloria. R/.

¿Quién es ese Rey de la gloria?
El Señor, Dios de los ejércitos.
Él es el Rey de la gloria. R/.

Lectura de la carta a los Hebreos 2,14-18:

Los hijos de una familia son todos de la misma carne y sangre, y de nuestra carne y sangre participó también Jesús; así, muriendo, aniquiló al que tenía el poder de la muerte, es decir, al diablo, y liberó a todos los que por miedo a la muerte pasaba la vida entera como esclavos. Notad que tiende una mano a los hijos de Abrahán, no a los ángeles. Por eso tenía que parecerse en todo a sus hermanos, para ser sumo sacerdote compasivo y fiel en lo que a Dios se refiere, y expiar así los pecados del pueblo. Como él ha pasado por la prueba del dolor, puede auxiliar a los que ahora pasan por ella.

Lectura del santo evangelio según san Lucas 2,22-40:

Cuando llegó el tiempo de la purificación, según la ley de Moisés, los padres de Jesús lo llevaron a Jerusalén, para presentarlo al Señor, de acuerdo con lo escrito en la ley del Señor: «Todo primogénito varón será consagrado al Señor», y para entregar la oblación, como dice la ley del Señor: «un par de tórtolas o dos pichones.» Vivía entonces en Jerusalén un hombre llamado Simeón, hombre justo y piadoso, que aguardaba el consuelo de Israel; y el Espíritu Santo moraba en él. Había recibido un oráculo del Espíritu Santo: que no vería la muerte antes de ver al Mesías del Señor. Impulsado por el Espíritu, fue al templo.

Cuando entraban con el niño Jesús sus padres para cumplir con él lo previsto por la ley, Simeón lo tomó en brazos y bendijo a Dios diciendo: «Ahora, Señor, según tu promesa, puedes dejar a tu siervo irse en paz. Porque mis ojos han visto a tu Salvador, a quien has presentado ante todos los pueblos: luz para alumbrar a las naciones y gloria de tu pueblo Israel.»


Su padre y su madre estaban admirados por lo que se decía del niño.

Simeón los bendijo, diciendo a María, su madre: «Mira, éste está puesto para que muchos en Israel caigan y se levanten; será como una bandera discutida: así quedará clara la actitud de muchos corazones. Y a ti, una espada te traspasará el alma.»

Había también una profetisa, Ana, hija de Fanuel, de la tribu de Aser. Era una mujer muy anciana; de jovencita había vivido siete años casada, y luego viuda hasta los ochenta y cuatro; no se apartaba del templo día y noche, sirviendo a Dios con ayunos y oraciones. Acercándose en aquel momento, daba gracias a Dios y hablaba del niño a todos los que aguardaban la liberación de Jerusalén. Y, cuando cumplieron todo lo que prescribía la ley del Señor, se volvieron a Galilea, a su ciudad de Nazaret. El niño iba creciendo y robusteciéndose, y se llenaba de sabiduría; y la gracia de Dios lo acompañaba.

II. Oramos con la Palabra

JESÚS, en el día de los consagrados, te pido por los miles de religiosos y religiosas que en todo el mundo, a veces lejos de su patria, dedican su vida a llevar la luz de tu Evangelio a las naciones. Como ellos, María y José no discuten la ley: obedecen. Son para mí ejemplo para aceptar la voluntad de tu Padre, aunque a veces no la entienda. También aprendo de Simeón, para quien verte era el anhelo de su vida; y el de Ana, toda una larga vida a tu servicio, y al final, hablando de ti a todos. Con ellos, y con los consagrados, me uno a la fiesta de la luz que viene de ti y pongo mi vida bajo tu bandera.

 Esta oración está incluida en el libro: [Evangelio 2011](#) de EDIBESA.

III. Compartimos la Palabra

- **“Mis ojos han visto a tu Salvador... luz para alumbrar a las naciones”**

Una de las situaciones más desagradables que podemos sufrir los seres humanos es vernos envueltos en tinieblas. No ver claro, no saber a qué carta quedarnos ante todo lo que nos ocurre en la vida. Ante nuestras tinieblas, aparece Jesús en la fiesta de su presentación en el templo, en la fiesta de las candelas, como la Luz del mundo, la Luz para todos y cada uno de nosotros. Hoy vemos cómo dos personas mayores, Simeón y Ana, con la ayuda del Espíritu Santo, descubren a Jesús no sólo como un hombre especial sino como Dios. Ésta es la primera experiencia de todo cristiano: descubrir a Jesús como el Hijo de Dios, lo que arroja mucha luz a nuestra existencia. Podemos confiar en él plenamente. “Sé de quién me he fiado”.

Hemos de repetirlo cuantas veces sea preciso. Jesús arroja toneladas de luz sobre el sentido de nuestra vida, diciéndonos de dónde venimos y hacia dónde vamos. Arroja toneladas de luz señalándonos la postura que hemos de adoptar ante todas las realidades que nos salen a nuestro encuentro, ante el dolor, la alegría, los bienes creados, los fracasos, el futuro... y siempre para encontrar vida, nunca tristeza y muerte, a nuestros días y a nuestras noches. Jesús arroja

toneladas de luz al ofrecernos su amor para siempre. Y como prueba de su permanente amor sale de nuevo a nuestro encuentro en cada eucaristía y nos vuelve a ofrecer su persona, su cuerpo y su sangre... llenando de luz y de ilusión nuestro corazón.

Reconocemos que si Él nos faltase las tinieblas se adueñarían de nuestro interior. Que al igual que Simeón y Ana y tantos millones de cristianos le acogamos, le adoremos y le hagamos caso: "Éste es mi hijo amado, escuchadle". Que nunca apaguemos la luz que nos regala.

Fray Manuel Santos Sánchez

La Virgen del Camino